

de lo práctico. Mi querido amigo y colega, allí están ustedes, los que hacen la defensa de la cultura: ustedes que buscan la acción del espíritu, el alto cargo de formar hombres, de definir, aunque provisoriamente, caracteres; ustedes, que odian todo autodidactismo, porque creen en el secreto infinito del orden, de la medida, del reposo, de la belleza como ritmo,...

Meditemos en el acento optimista de esta frase de don Justo: «Hoy como antaño, esta república de labriegos (Costa Rica), antes que una comunidad política, es una Arcadia en que el noble ejercicio de la fraternidad tiene la fuerza de una ley biológica». Y más adelante, después del elogio fervoroso de nuestra cultura, agrega: «Ya aquí llegamos derechamente a la conclusión de que ha sido la cultura quien nos ha deparado el sentimiento consciente y firme en que descansa esa viril actitud de nuestra soberanía; porque al número que abruma sólo la inteligencia se opone con éxito!» Tal es en verdad el estado interior y exterior de nuestra vida de pueblo libre y soberano. En esa balanza espiritual fluctúa nuestra vida diaria: el fiel parece permanecer inmóvil, más o menos. No es justo, no es lógico jugar con las balanzas de precisión, porque se pueden romper. ¿Para qué insistir en una lucha que desharía la obra de un siglo de trabajo?

¡El mal de toda literatura! Cierto, peligroso, estéril. Pero se confunde la literatura con la cultura. Y son dos cosas distintas. La confusión viene de un error no menos grave: se confunde la ciencia pura con la ciencia aplicada. Porque esta última es la que conocen casi todos los hombres, con raras excepciones. Para el hombre práctico—*ce-lui-qui-ne-comprend-pas*—, es hombre de ciencia cualquier profesional: falso. Hay hombres de letras que son más hombres de ciencia que cualquier profesional de la ciencia. La confusión es grave: se confunde el oficio con el secreto humanista de una profesión. Y en la escala de los valores humanos—no de los valores humanistas—, están en la misma categoría el fabricante de zapatos y el médico. La utilidad de un servicio los auna: sólo la disparidad del desinterés y de la sabiduría los separa. Existen dos aristocracias excelsas: la de los hombres que trabajan en los dominios de lo puro, de lo abstracto, y la de los hombres que sienten el *fuego sagrado* de la acción, de las realidades idealmente prácticas. Fuera de ellas todo lo demás es monotonía, oficio, ejecución de lo que Darwin llamaba *the struggle for life*... Suprimid los pueblos nuevos de la tierra, aquellos que se imponen en formas trascendentes de progreso y de cultura de la materia en todas sus manifestaciones utilitarias—Alemania, los Estados Unidos, Rusia (en quienes el orden, la serenidad, la lógica no han encontrado todavía el secreto de un movimiento rítmico)—, y quedarán flotando en vuestros espíritus los cinco o siete grandes hombres que fueron formando esas naciones de las que se enorgullece la vanidad humana: Kant, Goethe, Fichte; Emerson, Walt Whitman; Tolstoi, Dostoiewsky. Sobre lo demás un otoño violento ejercerá su ley eterna... Con cierta melancolía lo dijo Renan: *Hasta los dioses mueren*... Don Justo nos dice de comprender el secreto edificante del libro, el valor vital de la palabra escrita, la suave caricia del arte, hecha de ensueño y de gracia, para que se vea que las aberraciones de los enemigos de la cultura son obra de bárbaros. Nos lo recuerda: la grandeza de Alemania se hizo en torno a un libro fundamental de Fichte, *Discursos a la nación alemana*. Leed estos capítulos candentes del libro de don Justo, en los cuales hace la defensa de la cultura literaria; seguid el hilo de su fuerza, un tanto melancólica y apasionada, y sentiréis toda la grandeza de esta alma que arde en el deseo de regenerar a los hombres con los encantos del arte en todas sus manifestaciones. Eso sí, él comprende que todo en la vida está hecho a base de sacrificio: no acepta sino la obra

excelsa, la obra que tiene aspiraciones a lo eterno, «la obra práctica». También don Justo nos recuerda que para justificar todas las grandezas de la historia se buscaron siempre los prestigios del pensamiento y de la belleza, ¿A qué renegar de la literatura? Se vuelve a confundir al hombre con su profesión. Pero dejad que los hombres pasen; dejad que las pasiones pasen; dejad que las miserias humanas sean dueñas de la vida cotidiana, pero respetad lo alto; la iniciación hacia lo divino, hacia lo eterno. Cada criatura es un cazador que una mañana partió hacia un viaje: si salieron las abejas a zumbarle en los oídos, fué necio al no oírlas. Porque el hastío le dictará nuevas cosas, No son dañinos los hombres de letras: son dañinos los malos hombres de letras: enemigos de la cultura, aprended a conocerles para que vuestro desprecio nos libre de sus atentados a la belleza. Y sed implacables.

Ya lo ve Ud., mi querido amigo y colega, los que vamos en esta galera de las inquietudes espirituales creemos aún en el bien consolador de la belleza y de la vida; y cuando encontramos a estos espíritus que nos conmueven sinceramente con acentos de verdad y de lucha, entonces nuestra razón se convierte en pasión, eso sí, en un sentido cartesiano. No sabe Ud., con cuánto placer he leído y releído estas páginas que me han recordado tantas cosas de mi adolescencia. Y en verdad que estos libros de combate, llenos de serenidad por la bravura que fermenta, son los únicos manuales de energía que necesitamos: creo en el poder del periodismo, del panfletismo, en el sentido altamente democrático en que lo entiende nuestro don Justo A. Facio. Si su combate tuviera un tanto de humor, sus artículos nutridos de sinceridad y de bondad me recordarían las páginas del inglés Thackeray. Lo que en verdad yo quisiera es que este libro diminuto se leyera mucho, se difundiera mucho tanto en el país como en el extranjero; que fuera para nosotros eso que Barrés llamaba «los bastiones de la cultura». Y que, *au-dessus de la mêlée*, volara con todo el fervor que devora sus bien construidas 100 páginas...

Con mi más fuerte abrazo de admiración para el viejo y querido maestro, autor de la *Lucha por la Cultura*, y con el abrazo para Ud., mi querido colega y amigo, de quien he sido siempre un admirador,

LEÓN PACHECO

17 Avenue Kleber,
París.

París y primavera.
Junio 14 de 1924.

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación,
Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega.....	¢ 0.50
El tomo (24 entregas).....	12.00
El tomo (para el exterior).....	\$ 3.50 oroam.
La página (mensual de avisos (4 inserciones).....	20.00 >>

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

Lector: Si quiere usted proteger eficazmente al *Repertorio Americano*, suscríbase! Las cuatro entregas mensuales: ¢ 2.00.